

Instrucciones para leer. El nacimiento de un nuevo lector¹

Hugo Velázquez Villa²
hugo.velazquez@academicos.udg.mx

Resumen

Se tiene la convicción injustificada que el acto de lectura solo implica lo imprescindible, saber leer. Otros creen que se necesitan mínimos recursos culturales si el texto tiene referencias científicas o filosóficas. De ahí que la lectura de obras literarias sólo necesitaría cierta sensibilidad. Lo que aquí se reflexiona es sobre ese acto que nos parece natural pero que es lo más artificial posible de nuestra cultura. Se desmontan los principales ejes sobre los que se asienta esa práctica, falsamente solitaria: simbólicos, culturales, éticos, generizados... acto que articula al sujeto que se abisma en un libro. Se propone a un sujeto lector nuevo, que ve y lee más allá de nuestra cultura androcéntrica, heteronormativa, elitista.

Palabras clave: Lector, lectura, género, androcéntrico, heteronormativo.

1 Fecha de recepción: marzo de 2022. Fecha de aceptación: mayo de 2022.

2 Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires Argentina. Maestro en Letras Hispánicas, licenciado en Filosofía. Profesor Investigador de tiempo completo en el Departamento sobre Movimientos Sociales en la Universidad de Guadalajara.

Abstract

There is an unjustified conviction that the act of reading only implies what is essential, knowing how to read. Others believe that minimal cultural resources are needed if the text has scientific or philosophical references. The reading of literary works would only need a certain sensitivity. What here is reflected about is that act that seems natural to us but is possibly the most artificial in our culture. The main axes on which this falsely solitary practice is based on are dismantled: symbolic, cultural, ethical, gendered... on what articulates the subject that sinks into a book. It proposes a new reading subject, who sees and reads beyond our androcentric, heteronormative, elitist culture.

Keywords: Reader, reading, gender, androcentric, heteronormative.

Hay puntos ciegos en toda cultura, es así porque fue hecha a la medida de un género, El Hombre, y de una élite. El resto nos vemos obligados a ver lo que alcanzamos a ver. Una cuestión más, esa élite es el Hombre Universal, un ser abstracto que tiene todo el poder para establecer un punto de vista, y es porque él ha sido, es, el que ha propuesto las reglas del juego de la cultura, si observamos atentamente, caeremos en la cuenta de que nosotros, los que no pertenecemos a esa élite, fuimos colonizados y obedecemos, respetamos y acatamos el canon que se nos ha impuesto; de ahí nuestras cegueras porque ese universal ha creado todo a su medida y semejanza, de ahí la necesidad de crear un método de lectura que nos lleve más allá de una lectura pasiva que sólo exige anuencia, anuencia incondicional, no el disenso meditado.

Introducción

Si queremos comprender cómo funcionan las estructuras de producción, transmisión y control del conocimiento, quizá sea bueno intentar averiguar qué es lo que prohíben. Larrosa.

Leer es ver. Pero no siempre vemos lo que está frente a nosotros, leer es ver las relaciones que hay entre cierto conocimiento específico, valorado como esencial y, establecer alguna relación lógica, intuitiva, accidental, probable, fantástica, entre nuestras creencias y, a partir de esas coincidencias imaginar otras experiencias, así como integrar las nuestras, es decir leer es un acto complejo, no basta ordenar los sintagmas o, creer que se entienden las palabras leídas, hay un ejercicio que podríamos llamar de *baja intensidad* o, si acudimos de manera superficial al psicoanálisis, hay interpretaciones que se escapan a nuestra conciencia o, qué no solo prosperan en la mente consciente del sujeto lector, sino que están ancladas en la cultura, en la ideología que nos domina sin darnos cuenta, los estereotipos, los clichés, los lugares comunes que se sobreponen a nuestra lectura, los prejuicios que nos impiden ver *la cosa en sí*, y todos los fenómenos que se interponen en nuestra esperanza de conocer, por mencionar uno de estos, la disonancia cognitiva, que impide ver las relaciones objetivas, concretas, que existen entre un fenómeno A con uno B, porque contradicen nuestras expectativas o, lo que consideramos cierto, independientemente de su realidad. Eso, y mucho más, es leer, aclaramos en este momento que todos los seres humanos somos hermeneutas de tiempo completo, somos hermeneutas absolutos, estamos condenados a interpretar lo que vemos, aquí no importa si la realidad se nos muestra empañada por nuestra condición de clase, de género, histórica, si la cosa que está ahí realmente está ahí, eso incluye el sueño, la locura, los desvaríos o, el aparentemente simple acto de contemplar nuestro rostro en el espejo. Lo anterior nos lleva a nuestra pregunta esencial, que formula de una manera clara Jonathan Culler: *Si la experiencia de la literatura depende de las cualidades de una persona lectora, podría preguntarse ¿qué diferencia se produciría en la experiencia de la literatura, y así en el significado de la literatura, si esta persona fuera, por ejemplo, mujer en vez de varón?*" (1988: 42), nosotros daremos un paso más, ya no será un lector hombre o mujer, nos cuestionamos sobre la posibilidad de un lector asexuado, neutral, en lo posible, aquí asexual o neutral solo implica el borramiento de la lectura generizada, nos permitimos una semejanza, sería el equivalente al psicoanálisis, saber qué, desde cuándo, a partir de qué experiencias fundacionales, sobre qué mitos, ideologías, estereotipos, lugares comunes, y otros aspectos más, desarrollamos, interpretamos un texto literario.

El título es extenso: De la inocencia a la rebelión. Diversidad funcional y la esperanza de una historia alternativa: Marianela (1878) de Benito Pérez Galdós y Los santos inocentes

(1981) de Miguel Delibes, el ensayo pertenece a Javier Luis Velloso Álvarez (Ver Hartwig, 2020). Ahí el autor afirma que:

Aunque Galdós no abandona el tono positivista y melodramático, permite, sin embargo, una dignificación del personaje discapacitado frente a la falsa bondad burguesa. Reconoce en Pablo las cualidades de un hombre, más que las de un ángel: el ciego recuperado pierde su inocencia al someterse a las condiciones de su clase social. Marianela, sin embargo, prefiere la muerte a la sumisión. Delibes muestra en Azarías a un personaje discapacitado cognitivamente, pero, aun así, suficientemente tenaz para rebelarse contra el señorito... los personajes de ambas novelas nos ofrecen un tránsito de la inocencia a la rebelión, y la esperanza de una historia alternativa... Azarías, en su inocencia, parece recordarle al resto su condición de siervos. Por su parte, preso de la locura, él está sin embargo libre de estas relaciones de poder al no tener plena conciencia de ellas. (Hartwig, 2020:162-164).

Podemos estar de acuerdo o disentir de lo que se afirma, una u otra postura nos obliga a la discusión, nos lleva a un argumento más sólido que la idea romántica de personajes sometidos que desean liberarse. La pregunta que debemos responder es simple, en nuestra cultura, en nuestras tradiciones ¿la historia qué nos dice sobre el asunto? ¿quiénes pueden decir la verdad? Es claro que nos referimos aquí sólo a los subalternos, porque los otros son los iguales, entre ellos hay códigos que nada tienen que ver con el sometido. A la pregunta sobre quiénes pueden decir la verdad la historia dice que solo aquellos seres que nada pueden hacer con ella: los niños, los locos y los payasos, los enfermos y los suicidas, los ebrios y los nihilistas, los monstruos y los desahuciados, ellos tienen un poder que no atenta, cierto que de esa verdad algo queda, en todo caso pueden enunciar algo, lo que sea, que denigre, la verdad que aparece de abajo de lo social hacia arriba, siempre tiene dentro de sí un ápice ofensivo, el siervo interpela a su amo, y este lo ve como amenaza. Está ahí el que puede hablar sin temor a las represalias, y su palabra tiene el peso de lo momentáneo, su figura se parece a esas otras que de una manera insospechada aún para nosotros nos parecen *naturales*: ciegos videntes. El autor continúa con su ensueño irresponsable, utópico:

Desde su posición, los personajes con diversidad funcional pueden poner en jaque las jerarquías sociales y servir de pretexto para ejercer una crítica social o política. Si bien muchas de las grandes narrativas les limitan a un papel moralizante, existen también ejemplos literarios que les permiten abandonar su rol pasivo para emanciparse, transformar y transgredir (si no es que también agredir) el status quo (Hartwig, 2020: 152).

Somos seres que le debemos todo a nuestro entorno, es decir, somos seres limitados, nuestro margen de acción es tan exiguo que no sugiere libertad. Somos presa de mil automatismos, pareciera que actuamos obedeciendo a un impulso social, cultural, o de género. Un ejemplo. Sabemos a qué se refiere el texto arriba mencionado, De la inocencia a la rebelión, pero cuando afirma de un personaje, de la novela *Marianela*, de Benito Pérez Galdos: Pablo había heredado una rica fortuna de un tío recién muerto, lo que le permitiría continuar con las expectativas de una vida burguesa al lado de una mujer estrictamente criada. (Hartwig, 2020: 154). Nosotros releemos el párrafo que parece no presentar ningún doble sentido, creemos en las posibilidades creativas de la anfibología, sobre todo cuando esta señala algo que habíamos previsto de una manera lateral, el texto describe a un personaje femenino que recibió una educación esmerada o, afirma anfibológicamente la condición subalterna de una mujer cuando le imponemos otra lectura: ... una mujer estrictamente criada. Una mujer que solo es y será, por el resto de sus días, estrictamente criada, y solo criada, al servicio de un hombre. Aquí forzamos la situación, usamos la ambigüedad para mostrar la presencia muchas veces inevitable del Hombre Universal. Ese es el punto, el quid, lo que nos ciega. Para nosotros ese sujeto se nos presenta modélicamente bajo la figura degradante, no degradada, viscosa y violenta, del macho mexicano, sea lo que signifique esto, es tan amplia y extensa, en todos los sentidos, su presencia, que de él solo tenemos generalidades, un campo de etiquetas, de clichés, un estereotipo que necesita su concreción para ejercer su efectividad como modelo a seguir. El siglo pasado lo representó, para las clases bajas, con diferentes aspectos, una de ellos fue una carta, de un juego que se llama Lotería³, podemos ver todo lo que esa época

3 La RAE define así: lotería de cartones 1. f. Juego de mesa en que gana el jugador que antes completa los números de su cartón por coincidir con los que se han ido sacando por sorteo.

podía imaginar de un macho bajo la imagen de El Valiente⁴. Abandonamos de inmediato todo intento por comprender los mitos o, la moral implícita, presente u oculta, en las cartas, algunos parecen transparentes, como El Borracho, que condena la molición, de otros nada nos dicen, La Rana, nos queda fuera del registro pero, El Valiente condensa, con tan solo un golpe de vista, lo que debería ser un hombre de fines del siglo XIX y principios del XX⁵, figura que dominó hasta bien entrado el siglo pasado y, que encarnaron diversos actores de cine, como Pedro Infante o, El Indio Fernández, y toda una serie de películas que abordaron, con desigual fortuna, el ambiente campirano del país. El Valiente los representa en lo esencial, es un hombre mestizo, más blanco que moreno, recuerda de una manera vaga al indígena, viste un pantalón que, según las películas de época, los hacendados los usaban, la camisa de rayas rojas, el sarape, como parte de la defensa, en su mano izquierda, tiene la postura del hombre que espera la última estocada, intuimos que es la última porque en su mano derecha empuña, lo que se conocía en aquellos años como, charrasca, trinchete o, saca tripas, en cuya punta quedan rastros de sangre. Enfrente de él, presentimos que se encuentra su víctima a punto de morir, ignoramos el motivo, por demás irrelevante, porque lo verdaderamente esencial se encuentra frente a nuestros ojos, un hombre que no le teme a otros, mucho menos a la muerte. He ahí al Hombre parece decirnos nuestra conciencia. Ignoramos cómo mensurar el impacto simbólico de una imagen de este tipo. Alguno ha de tener, la representación funciona porque eso esperamos de la cosa representada, el macho que aparece ahí se nos presenta a la vista como si su actitud y, el saca tripas fueran una sola y la misma cosa, es decir, todo nos parece tan natural que asumimos lo representado sin mayor crítica. Eso es un macho, pensamos o decimos, en todo caso nada perturba nuestra conciencia.

4 Se puede consultar su imagen en: <https://ar.pinterest.com/pin/840976930410293858/>

5 Fue durante la Guerra de Independencia de México (1810 – 1821), que la lotería se convirtió en un pasatiempo cotidiano entre los soldados... Las imágenes de la lotería fueron transformándose con el tiempo, adoptando iconos que representaban a la sociedad. La lotería que todos conocemos en la actualidad está conformada por imágenes resultado del trabajo del empresario francés Clemente Jacques. Que en 1887 imprimió su propia versión de la lotería. (S/A, Revista de Literaturas Populares/ Año VII / Número 1 / Enero-Junio del 2007)

Desarrollo

Al principio teníamos en mente escribir bajo la forma de ensayo literario⁶, es decir, entendido en un sentido clásico, explorar las posibilidades de una o de varias ideas⁷, centramos nuestras obsesiones sobre una novela del siglo XIX. Su autor mereció de sus contemporáneos admiración, extrañeza y, olvido, sucesivamente, sabemos que, en el verano de 1883, el escritor, minero, científico autodidacta y espiritista, Pedro Castera, fue recluido en el Hospital para dementes San Hipólito, meses antes su novela, *Carmen. Memorias de un corazón*, consigue el reconocimiento de sus pares, años después afirma el poeta Rubén M. Campos:

Para principios del siglo xx, el escritor era uno más de aquellos talentos “rezagados de la generación literaria”, un “viejo novelista” tan popular y olvidado como la novela misma que alguna vez escribió. Enfermo, y quizá desdeñado por algunos literatos “modernos”, murió en el pueblo de Tacubaya en 1906. (Maya, 2003:2)

-
- 6 Según la RAE: Escrito en prosa en el cual un autor desarrolla sus ideas sobre un tema determinado con carácter y estilo personales. Según el El Diccionario de Autoridades (1726), de todas las acepciones elegimos dos, que nos parecen las más apropiadas para nuestros fines: Ensayar. Examinar, reconocer, hacer prueba y experiencia de alguna cosa, de su fin, calidad y estado, para el efecto a que se destina. // 2. Vale asimismo, enseñar, instruir, imponer a uno en lo que debe hacer para que sepa ser capaz, y esté apto para poderlo ejecutar. // 3. Significa también hacer la prueba de la comedia, torneo, juego de cañas, etc. // 4. Vale asimismo hacer inspección y reconocimiento de calidad y bondad de oro, plata y otros metales. Por su parte el Diccionario de la lengua española observa en su tercera acepción: 3. Ensayo. Acción y efecto de ensayar. // 2. Escrito, generalmente breve, sin el aparato ni extensión que requiere un tratado completo sobre la misma materia. // 3. Operación por la cual se averigua el metal o metales que contiene la mena [...] // 4. Análisis de la moneda para descubrir su ley. /15. V. tubo de ensayo. /16. general. Representación completa de una obra dramática, que se hace antes de presentarle al público.
- 7 La palabra ensayo proviene del latín *exagium*, es decir, sería el acto de pesar algo. Ensayar vendría a ser, algo así como probar, reconocer y examinar, entonces un ensayo sería el producto de la meditación y, lo esencial de su escritura consiste en explorar, asumir la audacia, buscar lo que se tiene de originalidad en el acto mismo de reflexionar, así lo concebimos, de ahí provienen nuestras audacias, ya el lector tendrá el único dictamen que merece la pena de tomar en cuenta, su juicio sobre el valor de lo que aquí se expone.

Federico Mendoza y Vizcaíno señala que la novela ha deleitado a cuantos la han leído y, ha hecho sentir las emociones más delicadas a cuantos la han sabido comprender. (Chouciño: 2) Pedro Castera no fue el mayor, aunque sí uno de los excéntricos menos conocidos del siglo XIX. (Saborit, 10 de mayo, 2020). Lo primero que se nos vino a la mente fue: *Son los tiempos*. No fue el estilo, un romanticismo excesivo en el que sobran los adjetivos, fue el tema lo que llamó nuestra atención, sobre todo que sus contemporáneos, así como otros críticos del siglo XX, no vieron lo que nosotros vimos, es decir, si mencionan al falso-cierto-falso incesto, pero no pareció llamarles mucho la atención, su mirada se fue para otro lado, su romanticismo, su estilo, la forma que ya presagiaba otros géneros, pero nosotros vimos otras cosas, de ahí esta excesiva reflexión. Dejamos la reseña, que nos parece deficiente pero útil para nuestros fines, en manos de uno de sus críticos:

La novela cuenta la historia de un hombre de treinta y cinco años, quien cansado de su galante juventud errática se anima a sentar cabeza al enamorarse de una quinceañera, Carmen, a quien él mismo, intoxicado por el alcohol y las noches de su bohemia, rescató inexplicablemente de la calle cuando era una recién nacida. Para colmo, Carmen ha vivido desde entonces en compañía de la madre y bajo el mismo techo de éste irremediable calavera inofensivo. Enterada Carmen de la verdad, es decir, que el hombre al que siempre ha visto como una suerte de figura paterna se limitó a recogerla de la calle y llevarla a su casa, la ahora joven alimenta en silencio su pasión de amor por él, acaso con la esperanza de que él un buen día pueda fijarse en y casarse con ella, criada con amor y cristianos escrúpulos femeninos por la supuesta abuela, cuyos mimos tallaron toda una mujer. La atracción es mutua, no existe impedimento efectivo para el idilio, e incluso un ominoso malestar cardíaco de la blanca y sonrosada Carmen cede gracias a tan reconfortante amor. Sin embargo, el historial mundano del héroe confunde e interrumpe el impulso de sus amoríos con Carmen, pues por un momento llega a creer que ella es el fruto de antigua y fugaz querencia. Al final, pero claro que tarde, el libertino despeja su pasado, recupera el amor de Carmen -consumida por su propio corazón- y la acompaña en sus últimos momentos. Una historia de amor desdichado en apariencia, no obstante, sus fiebres y atmósferas románticas...

Castera fue fiel a las economías obligadas del género. Lo que, es más, antes de ofrecer una versión local de María, ella entregó en cambio su ideal de la perfección femenina: ideal que en este caso no sólo comenzaba en la exclusividad sino en la anticipación de su posesión. Y a juzgar por la evidencia de otra novela, ésta sí poco comentada: El hijo del estado, de Hilarión Frías y Soto, la cual desgajó en varias entregas en El Diario del Hogar a mediados de 1882, parecería que Castera abordó en las exitosas páginas de Carmen un tema más bien enclavado en el espíritu y las fiebres de la época. ... Órbitas de una ideal figura femenina -" bella, instruida, inteligente y apasionada sin perder por ello sus gracias infantiles, sus inocencias de niña y sus exquisitos candores", según Castera-, en donde la fantasía de los principales personajes masculinos se encuentra casi a salvo de los agravios o envidias de cualquier rival, las dos historias giran alrededor de un acto de posesión previa, no del todo inocente (Saborit, 10 de mayo, 2020: 55-56).

Lectura y reseña que no condenan al pederasta. El esfuerzo por entender qué había en ese libro como para haber merecido el elogio de sus lectores nos llevó a un análisis, pero esta vez sobre otros parámetros, que nos colocaran por fuera del sistema cultural que admitía, indiferente, lo que a nosotros nos parecía secuestro, violación, estupro y pederastia. Y ahí estaba en toda su concreción: nuestra cultura Patriarcal, que hace posible ver los actos del Hombre sobre la mujer, cualesquiera que estos sean, como normales. Porque para eso están esos cuerpos sometidos, vulnerables y desposeídos, para el descanso del guerrero. Nuestra lectura es, del personaje que imaginó Castera, visto de esta manera, desde el heteropatriarcado, desde el androcentrismo, no es un pedófilo, es un hombre sometido por la pasión, es un enamorado, es inocente, el amor del hijo del patriarca siempre será inocente. Si el tema, si somos generosos, habría presentado al decadentismo pero, aquí esta lo relevante, sería un decadente pudoroso, sabemos la contradicción que hay en esto, pero podemos entender que en el fondo de la narración se encuentra el sexo, el erotismo contenido, el impulso morboso por cruzar las fronteras que la moral le ha impuesto al sujeto, al Hijo del Patriarca, que se niega a aceptar estos límites o, tal vez sea mejor observar que, todo lo corpóreo y, todo lo que lo habita, es decir, los deseos primarios, están a la espera del último asalto, es un asedio

que lleva años, se enamora apasionadamente de su hija cuando era una niña, la transgresión tiene sus premios para el hombre paciente, al final Troya no será tomada, la muerte salva a la víctima, si es que nuestra lectura se va por esta vía, el encuentro desafortunado entre una niña y su violador o, si queremos moralizar al estilo de la época porfiriana, veremos en una niña a una mujer que ya es todas las mujeres, Carmen es Eva la Débil, la que cede al mal, como es predecible en las mujeres, a la tentación y con ese acto condena al Hombre. Todas las épocas, incluida la nuestra, ha condenado a las mujeres, el siglo XIX no fue la excepción, llevó hasta dónde pudo la misoginia, era frecuente leer en los diarios, en las novelas o, en las reflexiones de los filósofos europeos, la condena en contra de ellas, si la Ilustración puso en el centro de la discusión a la Razón y propuso, en el verdadero acto revolucionario de Francia, los Derechos Universales del Hombre, tenemos que repetirlo, del Hombre, y aquí no caben las mujeres ni, es preciso decirlo, todos los hombres, solo los propietarios, porque la masa, los hombres ordinarios, todos los subalternos, incluidos los cuerpos más subalternizados, las mujeres, quedaban excluidas de la razón y de los derechos universales. Eso nos llamó la atención, la inclinación morbosa por las parafilias de este romántico decadente, si así queremos verlo, su debilidad por la niña, cierto que para la época pensar a una adolescente de quince años, en manos de su padre, padrastro, al final su padre-amante-creador, no era motivo de asombro, no provocaba censura alguna. De ahí que nos sorprendiera leer la descripción de Carmen: lánguida, pálida, espiritual, era obligado porque así entendía el romanticismo a la mujer bella, por lo tanto Carmen está obligada a cumplir estos requisitos pero, el autor le añade a todo su naturaleza sexual, si leemos con atención la novela, si abandonamos por un momento la mirada del Patriarca, caeremos en la cuenta de que es ella, la niña, la que seduce al Hombre, él es por falta de voluntad, recordemos que es un degenerado, un ser lascivo, incapaz de contener al fauno que lleva dentro, Carmen lo seduce, él cae. Padre, padrastro o, asunto enfermizo de todo hijo del Patriarca, él es su creador. Olvidemos los enredos románticos por el momento, lo evidente está ahí, es mucho más que su padre, es su creador, es Pigmalión, ella Galatea⁸, si Dios, en la mitología judeocristiana, hizo al hombre a su imagen y semejanza, El Hijo del Patriarca la hace de igual manera. Él,

8 Modernamente se la conoce con el de Galatea, es decir, diosa blanca como la leche*, quizá por el color de su materia. Aunque se trate de una aberración onomástica no admitida por la Mitología. (Pedraza, 12 de julio de 2019: 31).

para ella, es su dios. Eso es el hombre dentro de nuestra cultura androcéntrica, y eso no se discute, se acata. Esta lectura nos llevó a meditar sobre la posibilidad de hacer otra, y esa otra lectura se cruzaba con otros autores, otros textos, otras formas de leer libros. De inicio propusimos descorporizarla, ahora es claro que el horizonte epistemológico que abraza estas reflexiones se inscribe en el contexto más amplio de la cuestión de género, de lo decolonial, de los diferentes feminismos, de las teorías queer.

Vistas así las cosas, en un principio todo era claro y, oscuro al mismo tiempo, sabíamos de los efectos que tienen las ideologías sobre los sujetos, les impiden ver las relaciones sociales jerárquicas, ocultan de una manera interesada la realidad, naturalizan lo histórico, tienden una cortina sobre los acontecimientos; también sabíamos de los efectos que tienen los mitos sobre nuestras percepciones del universo, nos ciegan e imponen reglas para interpretar lo que está ahí pero, que no está ahí, sabemos algunas de sus funciones, no tanto de sus mecanismos. Es imprescindible postular que algo está ahí afuera, sin eso toda ciencia sería imposible, y que es independiente de nuestra conciencia, pero, tal vez nunca sepamos qué es lo que está ahí, retándonos a conocerla. La evidencia, que nos impide pensar que algún día podamos conseguir ese saber, no lleva a la renuncia. De eso se trata, de hacer visible, en lo posible, lo que se puede ver después de que hayamos descornado algunos velos, *Ἀληθεια*⁹ es nuestra consigna. En el pasado alguien pensó, por primera vez, en el número uno, ese acto, que nos parece ahora insustancial, estaba determinando todas las matemáticas del futuro, de manera semejante, cuando otro primer sujeto pensó en un punto abstracto intuyó, de una manera vaga, que había puesto las reglas de toda la geometría por venir -un punto abstracto lleva a imaginar otro... luego a una línea igual de abstracta, de ahí al cruce de dos líneas, de sus propiedades... luego aparecerá un ángulo...- Hegel, cuando imaginó a su vez, dos figuras también abstractas, y estableció una relación jerárquica entre ambas, de

9 Leemos en la Encyclopaedia Herder: (del griego ἀλήθεια que se traduce por desocultamiento, desvelamiento o verdad) Está formada por la privación ἀ (a), del verbo griego λανθάνω (lanthano) que significa estar o permanecer oculto. De ahí se deriva una noción de verdad como desocultamiento y, consiguientemente, una previa concepción del ser como lo escondido u ocultado que, cuando es conocido verdaderamente se desoculta y muestra lo verdadero, ἀλήθης (alethés). El problema del acceso a la ἀλήθεια surge con el poema de Parménides, en el que opone la vía de la verdad a la vía de la opinión o falso conocimiento, y se concibe la verdad como la unidad entre el ser y el pensar. (Encyclopaedia, 7 de marzo de 2019).

dominio de un ser y, la sumisión del otro, El Amo, es uno de ellos, el esclavo, el otro, en esa relación ya están contenidas no solo las futuras y, limitadas hasta ahora, liberaciones, sino sus mecanismos. No hablaremos en extenso de esa dialéctica entre El Amo y el esclavo, solo repararemos en algunas de sus propiedades que nos servirán para nuestros propósitos. En esta relación dialéctica, el Amo le impone todo a su esclavo, precisamente por ser lo que es, un subalterno casi absoluto, resaltamos el adverbio porque no existe, no es posible, una dominación absoluta, la persigue con pasión de agiotista, pero nunca la conseguirá. Mientras el amo desea la aprobación de los otros amos y, no le interesan la existencia, ni los deseos de su subordinado, el esclavo persigue de una forma infértil la mirada de su Amo, él desea lo que cree que desea su amo, la libertad no es un deseo que lo defina, en lo inmediato se esmera por ser su esclavo perfecto. No vamos a ir más allá de esas figuras imaginarias complejas y, al mismo tiempo, simbólicas. Si, abandonamos momentáneamente, el campo de lo filosófico abstracto, para entrar a ese otro campo estético concreto y, al mismo tiempo abstracto, el de la literatura, no podemos evitar recordar, en este momento, a ese vejete irascible y, voluntarioso, que quiso someter al mundo, de una manera inútil, a su voluntad, hablamos de Don Quijote de la Mancha y, de su lamentable, dócil y servil hasta la infamia, escudero, Sancho Panza.

Con todo lo anterior, entonces, lo que debemos intentar ver es lo que se nos oculta de la realidad, ocultamiento que es parejo para amos y esclavos, es evidente que en esta oscuridad hay gradaciones, los de abajo pueden percibir menos que los que están en la cima; proponemos despojarnos, en lo posible, de la mirada ingenua de la que ignoramos que ha sido educada para percibir todo lo que alimente su servidumbre, para ir más allá de lo que hasta ahora hemos dado por supuesto. Aquí no queremos discutir una probable filosofía o, una posible epistemología, no, lo nuestro es más modesto, vamos sobre los mecanismos inmediatos que nos han impedido ver todo aquello que nos domina, reprime, controla, guía nuestras vidas de una manera impune; no perseguimos a los Grandes Poderes ni la formulación de una estrategia de liberación, ni vamos en contra de alguna estructura de dominio, perseguimos una especie de didáctica, ejercitar lo que hay de esencial en nosotros, cambiar la sintaxis que hasta ahora determina nuestra lectura del mundo, cambiarla por otra que nos ayude a interpretar, de una manera más objetiva, al mundo que nos rodea; para, conseguir lo anterior, centraremos nuestros análisis sobre las represiones a que se nos somete,

por el hecho de ser, lo diremos así, en términos generales, por ser lo que somos, hombres o mujeres ordinarios, que no pertenecemos a una élite. Empecemos con ese binarismo, que nos parece natural, pero que contiene a todo un universo que excluye a otras posibilidades del ser. Hay un más allá de esa disyuntiva, se puede ser hombre, mujer o, se pueden ser cuerpos no adscritos a ese sistema, sabemos que, por el momento, esas posibilidades de existencia se encuentran semidesterradas de la vida social, no hay parámetros ni inclusiones de esas nuevas y antiguas corporalidades, ahora solo hablaremos de los distintos dominios y, límites, que se encuentran ahí pero, que no los percibimos como límites ni como fronteras, sino como una especie de pragmática que nos ayuda, y nos disciplina de una manera obsesiva, a la moderación, a la contención, que nos llevan a la virtud por todo lo que nos imponen de renuncia, hablaremos de algunos de los micropoderes que se nos aparecen de manera constante, dispersa e, invisible, dentro de la vida cotidiana. Es un tema familiar:

Si la experiencia de la literatura depende de las cualidades de una persona lectora, podría preguntarse ¿qué diferencia se produciría en la experiencia de la literatura, y así en el significado de la literatura, si esta persona fuera, por ejemplo, mujer en vez de varón? Esta pregunta prueba una manera excelente de encaminar los problemas surgidos por el énfasis de la crítica en la experiencia de la lectura, primero porque la cuestión de la mujer lectora plantea concreta y políticamente el problema de la relación de la experiencia del lector cuando lee otros tipos de experiencias, y segundo porque a menudo cuestiones que se deslizan bajo la alfombra de historias de lecturas masculinas se sacan de la luz en los debates y divisiones de la crítica feminista. A pesar de ser uno de los movimientos críticos más extendidos y significativos de los años recientes, la crítica feminista con frecuencia es ignorada por historiadores de la crítica y teoría crítica de tendencias más personalistas... (Culler, 1998::42).

Lo más naturalizado, es decir, lo más artificial, se nos presenta ante nuestros ojos como si fuera el producto de un ser o, de un sistema, de una estructura desinteresada, sin un

propósito ulterior, como si fuera la concreción, sin mácula, de una voluntad espontánea, sabemos que estamos frente a ello cuando pensamos que ese objeto, esa concreción, esa idea, esas relaciones, no tienen una historia, están ahí desde el principio de los tiempos, es por eso que nos parece que nada tiene de artificial, de inventado, por eso es que nos resulta difícil percibir sus formas de operar, el mecanismo y los fines que lo hacen posible, creemos que es tan natural que nos lleva a pensar que el fenómeno que está frente a nosotros es eterno, lo podemos pensar de otra manera, es invisible, tiene la lógica de lo imprescindible para la existencia, como respirar. De igual manera la invención de jerarquías, a las que usualmente vemos como necesarias para la vida en sociedad, llevan dentro de sí mismas las inevitables relaciones de poder y, estas crean espontáneamente, para su conservación y reproducción, leyes, normas, regularidades, maneras de interacción... y al mismo tiempo inventan una idea de norma y, de su práctica, la normalidad, así que, ya impuesta una ley en lo cotidiano, aparece la lógica normativa de lo vital, que nos conduce, de una manera violenta, y que no la percibimos como tal porque para nosotros siempre ha estado ahí, de nuevo regresamos a la idea natural sobre cómo se debe vivir de acuerdo a lo que se nos ha impuesto o enseñado, cómo es la forma legítima de llevar nuestras vidas, pero que se nos presenta como un ideal de existencia perfecto, en lo que hay de perfección en nuestras existencias. Ahí están los cuerpos diferenciados en un orden social que obedece a distintas necesidades, económicas, religiosas, laborales, sexuales, productivas, hay una regulación de lo social que es invisible para el sujeto ordinario y, que la vive como si fuera lo más natural. Existe toda una nomenclatura que etiqueta las diferencias biológicas o, por la pertenencia a una clase social o, que se sustenta en el color de la piel o, en el origen geográfico, etiquetas, estándares, *doxas*, que sirven para capturar o, regular esos modos de vida, de tal manera que los somete voluntariamente, inconscientemente o, por medio de represiones, a lo que se les ha impuesto a esos cuerpos como normalidad social. Ahí están, en primer lugar, las mujeres, esos cuerpos generizados y normados en cada paso, en cada gesto, en cada deseo, de su existencia, luego le siguen otras corporalidades, los pobres, los indígenas, y esos cuerpos deficitarios para el sistema laboral, los discapacitados o, los otros discapacitados que no los vemos como tales porque nos parecen más el producto de una aberración moral que biológica, los cuerpos enfermos con VIH, los fármacodependientes, los alcohólicos, por otro lado están las corporalidades que el sistema capitalista señala como incompletas para

determinado campo de la producción, falta un brazo, una mano, sin movilidad y, a todos ellos, como si fueran parte de la misma familia, se les suman los locos, los delincuentes pero, y aquí está lo esencial, todas estas anormalidades son posibles porque se nos ha impuesto la idea bárbara y extraña de que en algún lugar del mundo existe un cuerpo ideal, perfecto, normal, sin fallas ni excesos. Creemos, como algunas personas creen en Dios, en su existencia. Es ese ser abstracto, omnisciente y ubicuo, como Aquel otro, es el que nos domina en casi todo lo que somos. Está ahí, en su ausencia que nos parece presencia constante, como Aquel, para mostrarnos nuestras deficiencias, debilidades y errores. Para ejemplificar todo lo anterior tomaremos el caso más evidente y cotidiano posible: la ciudad, cualquier ciudad, ¿en quién se han basado los arquitectos o, los urbanistas, para establecer la altitud de cada escalón, la perilla de las puertas, de la altura de un rerete, de un mingitorio? Todo obedece al cuerpo abstracto de un ser normal, y todo se encuentra sometido a él. Nadie se pregunta, ni cuestiona, y no lo hacemos porque eso significaría poner en juicio lo más elemental de nuestras existencias, caer en la cuenta de lo artificioso de todo cuanto nos rodea y somete, darnos cuenta de que esa normalidad impuesta es falsa, equívoca, errónea, que somete, a los que no cumplen con este estándar, a esfuerzos innecesarios, humillaciones predecibles, a una idea de encontrarse en continua falta pero, el sujeto abstracto universal tiene una altura universal y también tiene género, es hombre, tiene geografía, es europeo o norteamericano, es blanco y pertenece a una élite y, sobre todo, es heterosexual. Estas son algunas de las categorías más primarias y familiares, sobre ellas se erige todo el entramado social, ellas someten las grandes y las mínimas diferencias. Esa figura abstracta, inexistente, ubicua y anormal, define lo que es lo normal.

Así, por ejemplo, cuando Martín Cazares (2008) observa que: Aprender a ser antropólogo implica también aprender a pensar desde la perspectiva masculina... nos resulta imprescindible traer a cuenta que, el problema importante es que, nosotros no aprendemos a ser hombres, somos hombres, otros problemas aparecen en casi todas nuestras lecturas, y aquí recordamos que nosotros no pertenecemos a ninguna élite pero, si olvidamos ese hecho concreto, leemos como si lo fuéramos, la literatura es casi un oficio de élite, cierto que eventualmente aparecen escritores que vienen de abajo, como la novela “Chin Chin el teporocho”, de Sergio Ramírez, pero esa no es la regla, si acaso las clases medias bajas se aventuran pero la historia dicta que los clásicos tienen otro origen, eso ¿qué significa?

Que no hablan para nosotros, que hablan por nosotros, que nos imponen un mundo literario que no es el nuestro, pero que leemos como si lo fuera. Inútil poner ejemplos, cualquier texto, de una biblioteca personal más o menos ilustrada, contiene ese mundo de élite. No rechazamos a los autores por su origen de clase, esto no es un ejercicio de resentimiento, sobre lo que queremos llamar la atención es sobre esa imposición de mundo a la que nos vemos sometidos cada vez que abrimos un libro. Si nuestra cultura es androcéntrica eso implica un problema para los cuerpos feminizados, ellas tienen que aprender a pensar, analizar, percibir, como hombres en el acto de lectura, tal vez no sean del todo conscientes de ese esfuerzo pero lo hacen, ahora, los problemas se agudizan cuando las minorías sexuales leen toda la producción del Hombre Universal que es heterosexual, blanco y, pertenece a una élite, ignoramos cuántas fronteras deben cruzar de manera ilegal para ordenar un texto, para darle sentido a una simple oración como Buenas noches, ignoramos las referencias, las experiencias, las emociones que contiene esa oración que al heterosexual parece inofensiva. El problema aquí no es la experiencia lectora, sino el universo que se tiene que decodificar, recodificar, reconstruir, para darle otro sentido que se adapte a su forma de existencia. Pero, nuestro problema persiste, aquí el tema no es sobre los derechos del lector -creemos que es imprescindible ahora escribir *lecter*¹⁰ aunque la palabra ofenda a la ortografía patriarcal- sino dejar en claro que todo lector debería asumir su compromiso desde su punto de vista. Leer, por poner un ejemplo, ese ejercicio de desprecio de clase, violento y, en cada página humillante, aun cuando todos sus resentimientos vayan en contra del burgués, las clases bajas no aparecen porque son prescindibles, porque son inesenciales, ellas no le quitaron su lugar a la nobleza, hablamos de la novela decadente *A contrapelo*, publicada en el año de 1884, del escritor francés Joris-Karl Huysmans, ahí cree demostrar la superioridad de su sangre y, de su humanidad, fiscalizando a detalle las sutilezas de sus pensamientos, la delicadeza de sus gustos y, la libertad erótica de la que es dueño, no como ese palurdo burgués que sueña con el dinero, que se cree poseedor, porque es al revés, de una moral pacata, feliz con su vida

10 Debemos reconocer que el lenguaje inclusivo aún nos cuesta usarlo, entendemos su urgencia y necesidad, pero la antigua sintaxis, el viejo idioma excluyente, nos domina por otros medios, nos gustan aún algunas regularidades, algunos sonidos, ciertos equilibrios, sabemos que todo esto es basura histórica, solo nos queda dejar constancia que lo sabemos. Somos más culpables que ese macho que se burla de un lenguaje que no comprende, cuando aún no ha aprendido a usar el suyo, y que le imponen desde una lejana península.

de tendero. No restamos importancia a la novela, ni siquiera le mezquinamos sus virtudes, pero hay que leerla con la distancia debida, teniendo siempre presente quiénes somos. Una película, *Los olvidados*, de Luis Buñuel, algunos le reconocen méritos, pero ver la manera que presenta a las clases bajas es, por decir lo menos, despreciable, debería horrorizarnos lo que cree que son: ladrones, asesinos, libertinos, traidores, prostituibles, sucios, crueles, apáticos, sin ninguna noción de la ternura ni del amor, para ese director los pobres solo son bestias que merecen vivir como bestias y merecen morir como vivieron su vida, como basuras. Claro, si vemos la película como espectador inconsciente veremos sobre la pantalla una creación que merece ser patrimonio de la humanidad, veremos una obra, un objeto estético, y no los prejuicios de clase del director. Eso es lo que queremos señalar. Que existe un mundo, pero y esto es lo relevante, no es nuestro. Todo es una invención de nuestros amos. Por eso llamamos la atención sobre lo que ahora nos parece evidente, tenemos el poder de tomar una distancia más objetiva sobre una corriente de pensamiento que podamos entender, tenemos la libertad de revisar, releer, reinterpretar las cosas a la luz de otros presupuestos, y no los del amo. Nos resulta claro que el margen de error es grande, una crítica con un marco conceptual de clase, de género, geográfica, de color de la piel, es necesaria, los obstáculos son muchos, el principal, para empezar, es nuestra misma condición generizada, es decir, todo lo que nos rodea se encuentra manchado por esa enorme, gigantesca, construcción social que hasta hace poco era dominio exclusivo del Hombre.

Lo que nos parece más natural y, por eso mismo, inofensivo, tal vez neutral, sin consecuencia alguna para el sujeto que percibe, es justamente el efecto más nocivo para el acto de conocer, del hecho de querer saber algo. De tal manera que lo que está ahí, frente a nosotros, lo percibimos como si fuera una obra exclusiva de la naturaleza, es decir, sin mácula de cultura, de ideología, como si careciera de alguna connotación, como si fuera denotación pura, es decir, limpia de cualquier efecto secundario y nosotros fuéramos el primer individuo sobre la tierra, como si fuéramos el primer ser que ve al objeto con una conciencia limpia, pura, sin mediaciones. Percibir la lluvia como agua que cae del cielo, solo eso; es evidente la imposibilidad de esa mirada, todo a nuestro alrededor está contaminado, nada es lo que es, todo es lo que nuestra cultura y nuestra historia han querido que sea. No estar consciente de estos efectos de historia es como perseguir, de una manera irresponsable, la mirada esencial y primaria de un sujeto incontaminado, lo anterior tiene el mismo efecto

que esa otra noción que aceptamos de la misma manera como evidente, axiomática, como si existiera independiente de la historia o, de los poderes que someten a la subjetividad, a las ciencias sociales, la vida o, la realidad toda, hablamos de la Verdad, así, con mayúscula y la palabra subrayada. No hay nada más mítico que aceptar que hay una verdad y que está ahí, a la espera del sabio para entregarle su enigma.

Creer que hay realidades intocadas es imaginar a un universo que no existe, de la misma manera creemos que el simple acto de leer no convoca a nada, a nadie, solo percibimos a un sujeto abstraído en las páginas de un libro, a un sujeto que se abisma en el paraíso artificial del arte. Nada más equivocado. Ese sujeto que lee, está en ese momento librando una batalla esencial, está en una guerra y, en esa guerra lo que se quiere conquistar es su conciencia. Es importante saber las dos cosas, que está librando una batalla y, que no se puede declarar un conflicto bélico si no se saben las condiciones del encuentro. Eso por lo menos, hay muchas cosas más en juego, pero por el momento este par de principios nos permiten continuar. Afirmar que todos somos, de una manera o de otra, lectores, es verdadero pero, hay una trampa invisible, es tan cotidiana y constante que reafirma al acto como uno más de nuestros sentidos, ver, gustar, oler, son prácticas que no parecen otra cosa que la manifestación natural de un cuerpo vivo, solo en ocasiones singulares, excepcionales, cuando el objeto o las cosas nos parecen oscuras, ambiguas o peligrosas, caemos en la cuenta de que ver, gustar, oler, y los otros sentidos, implican interpretar, es decir, son actos corporales que ya se encuentran no solo mediados por la biología, sino que detrás de ellos está la historia, la cultura, el género, la clase social, en suma, nada hay de espontáneo en cualquier *hermenéusis*, por simple que nos parezca, ver una puesta de sol, no es ver una puesta de sol, es contemplar todo aquello que se nos ha impuesto sobre lo que debemos ver en ese acto milenario, monótono y cotidiano: una esfera que gira sobre sí misma, otra esfera que hace lo mismo, dos esferas que interactúan en el espacio exterior, bajo la forma de un sistema solar, cumplirán de manera exacta eso que hemos llamado puesta de sol y, a los efectos de esa acción combinada, la sociedad, la historia, el arte, han llamado, primero, a esa lejanía, horizonte, segundo, a lo que ahí acontece puntualmente cada día, puesta de sol; es entonces el momento de convocar a nuestra imaginación y a nuestra sensibilidad, a todo lo que la sociedad nos ha enseñado pero que no será solo ver, se le añade una manera determinada de sentimientos, es el momento de la nostalgia, de la tristeza, del recuento de una vida o, será el momento del estremecimiento

ancestral. No es posible la indiferencia, es así porque la cultura ordena nuestros cuerpos, los diferencia, los moldea de acuerdo a las necesidades que tiene la sociedad. Es entonces que intuimos que no hay un sujeto aislado, entonces caemos en la cuenta de que ni siquiera existe ese individuo, detrás de él, legitimando sus pensamientos o, reprimiendo otros, se encuentra toda la cultura que necesita para insertarse en su cotidianidad. De lo anterior se desprende que existen diferentes formas de actuar en el mundo de acuerdo a varios poderes, están las fuerzas segmentadas en diferentes economías para optimizar sus resultados, están las de género, las éticas, las antropológicas, por citar algunas, pero está sobre todo las que nos domina de una manera impune desde hace siglos, el poder económico. Es claro que la concreción de este poder ha dividido a la sociedad en, por lo menos, tres grandes grupos que se subdividen en otros parecidos, clase alta, media, baja. Simplificando el problema, están los dueños de más de la mitad de la riqueza mundial, están los otros, los que les sirven como criados bien pagados y, abajo el resto de la humanidad, y a esta división, la sociedad ha impuesto otra, la de los cuerpos sexualizados, binarios, a partir de este momento solo se podrá ser hombre o mujer, todas aquellas sensibilidades que se nieguen a estas posibilidades serán estigmatizadas, rechazadas de la comunidad de los hombres. Decimos hombres de una manera deliberada, sabemos que es equívoco el concepto y, también sabemos que ha sido eficaz durante los últimos milenios, pero nos parece necesario llamar la atención sobre esa imposición centenaria, toda la cultura que conocemos se basa en la idea de ese hombre universal, todas las producciones que se han hecho llevan esa impronta. Ha sido así porque su dominio ha sido extenso en el tiempo y en el espacio. Un ejemplo basta, la filosofía es el producto, más puro, de unos hombres privilegiados, que le han impuesto a la humanidad su idea de lo que es la razón, la reflexión, sus reglas, lo que es la virtud, lo bueno y deseable o, asunto relevante, el valor de una existencia... Esta disciplina ha vivido impune, hasta hace poco se la ha puesto en cuestión, pero durante más de dos milenios mantuvo el privilegio de ser el producto del Hombre.

Continuamos, a esa otra imposición milenaria: dos cuerpos, dos deseos perfectamente normados, se le ha opuesto otra rebelión, si la idea de orden se establecía a partir de dos corporalidades, una azul, la otra rosa, y a cada color se le asignaba una ley, unas normas y, unas prácticas que deberían ser observadas con puntualidad porque, si no era así ahí estaban, están, las diversas sanciones, para disciplinar las rebeldías o, las conciencias o, los

deseos que imaginan otras posibilidades. Para conseguir reprimir a estos cuerpos disidentes se inventaron, al mismo tiempo, determinadas subjetividades, y cuerpos diferenciados, se ataron la culpa y el castigo, la enfermedad y la normalidad, como si fueran parte esencial de ellos, se fijaron de una manera que a la mayoría les parece natural, reglas, espacios y tiempos, que los someten a lo que aceptamos sin mayor crítica como la normalidad. Se crearon, para su control diferentes instituciones que no solo controlan los intercambios económicos, que no solo administran las leyes, las violencias o, las burocracias, también controlan la vida ordinaria de los sujetos¹¹ pero, de una manera a veces brutalmente visible, como esa ley que no lo parece y, que es vigente aún, en varios estados de la República, el ataque a las buenas costumbres, sea lo que signifique eso pero que, para el guardián de las costumbres en turno, interpreta siempre de acuerdo a lo que su conciencia le dicta, y otras su ejercicio no es tan evidente, como cuando avala, sin negar ni afirmar, la existencia de cuerpos azules y rosas solamente. Para ejercer ese control ahí están la iglesia, el estado, las buenas costumbres, el lenguaje, los diversos censores, la moral, que siempre va detrás de sus amos. ¿La idea? El orden. Así, un cuerpo azul, tiene obligaciones azules, construidas, reconstruidas, deconstruidas, a lo largo del tiempo. Un cuerpo azul está condenado a ser azul, si no es así ahí está toda la sociedad y, ahí están todos los individuos legitimados por la normalidad para elevar su indignación en contra de los diferentes, para sancionar o condenar su aceptación o su disenso. Azul, cuerpos azules, es inevitable, en este momento no traer a la imaginación las primeras novelas de ciencia ficción que escandalizaron a las conciencias occidentales por todo lo que tenían de autoritario, de fascista, de absoluto, hablamos de *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley o, la novela ingenua y, para algunos lectores, apocalíptica: *1984*, de George Orwell, otros pensarán en aquella horrorosa, pero venerada utopía, de Platón, *La República*, que no es otra cosa que el intento hasta ahora fallido, por establecer un orden eterno, basado en la idea recurrente, de unos cuerpos naturalmente diferenciados, en la que unos nacen para ordenar, otros para obedecer y, la mayoría para vivir como bestias.

11 Somos conscientes de lo excluyente del lenguaje, el sujeto privilegiado del español mexicano es, como en otras lejanías, el hombre. Atados como estamos a las convenciones, no siempre usaremos el lenguaje inclusivo, la razón que aceptamos es pueril, superficial, pero de nuevo aceptamos nuestra falla, obedece más a la estética que, a la política del macho. Nos parece, según nuestro oído que, *les sujetos* le desagrada, aun cuando lo correcto debe ser usar siempre y, en todas partes, el compromiso inclusivo. Es un trabajo cotidiano al que no todos estamos dispuestos a comprometernos.

De nuevo, regresamos a nuestra disquisición, un cuerpo azul deberá cumplir los siguientes mandatos para que sea aceptada su azulidad¹², para definir cómo debe ser un macho nada nos parece más apropiado que buscar lo que dice, lo que enuncian sus voceros, hablamos, claro, de la cultura popular:

En el reino animal, el alfa es el miembro de la comunidad que tiene mayor rango y es seguido y respetado por todos. Tanto el macho como la hembra pueden ser alfas, según la especie. No obstante, cuando coloquialmente hablamos de macho alfa nos referimos al hombre, joven y no tan joven, poderoso, masculino, líder: el gallo del corral. Dominante y viril, el macho alfa es un latin lover aguerrido, fuerte, rudo. Posee los atributos que tradicionalmente se le han atribuido a la masculinidad — vigor, control, potencia, sex appeal— y necesita jactarse de ellos constantemente. Nada puede destruir su coraza de hierro (“acero pa los barcos”, que dice el saber popular) y todo lo quiere conquistar y dominar. Se pavonea (exactamente igual que el ave que despliega su colorida cola), ufanándose de lo que él considera sus innumerables atributos de macho ibérico (“yo voy a ser el Rey León, y tú lo vas a ver”). Atributos que, sin lugar a dudas, desmayan a las damiselas y hacen rabiar a los leones de la competencia, que a su vez se esmeran en marcar bíceps y poner mirada de Clint Eastwood... (Serrano, 24 de junio 2021, s/p).

12 Sabemos que el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (RAE), no admite la entrada Azulidad, también sabemos que, a mediados del año de 1929, Francisco Canaro, interpretó el tango Azulidad, con letra de Eugenio Cardenas, que dice: Por el dulce encanto/De su vida en flor/Yo, viví al calor/Del tibio amor/De una esperanza/Y bajo el ensueño/De mi aspiración/Me puse a pensar/Junto al rosal/De mi ilusión. Tal vez debamos aceptar los breves, pero insistentes deseos de ir más allá de las convenciones, ampliar, cómo lo han hecho las feministas, las diversidades sexuales, los campos de acción que nos han sometido y que nos someten cotidianamente, respetar la RAE tal vez sea el primer indicio de nuestro espíritu colonizado, desecharla puede ser el inicio de algo prometedor. Rechazar la nota erudita por una popular puede significar lo mismo. Deberíamos proponer a otras autoridades o, en su defecto, intentar ser una de ellas. T.S. Eliot afirma, y nosotros con él, en Cuatro Cuartetos, Burnt Norton: Tratando de aprender a usar las palabras/y cada intento es un comienzo enteramente nuevo/Y es un tipo distinto de fracaso. /Porque uno sólo ha aprendido a dominar las palabras/para decir lo que ya no tiene que decir/O de ese modo en que no está dispuesto ya a decirlo. /Por eso cada intento/Es un nuevo comienzo, una incursión en lo inarticulado...

O, la otra opción, más apegada a lo que ordena la academia, y que es una reflexión que busca la sombra en los parámetros de la cientificidad:

...la noción que apuesta por una identidad masculina mexicana uniforme y eterna carece totalmente de mérito. Lo que se necesita es un análisis revisionista que haga hincapié en la complicidad de la antropología en la creación de estereotipos como el del macho mexicano. Dar por cierta una forma de masculinidad mexicana o latinoamericana ubicua significa básicamente recurrir al arcaico marco de los rasgos de carácter nacional...” (citado en Fernández, 2 de febrero de 2021).

Si nos vamos más arriba de la sociedad, si nos quedamos en las clases medias, la idea de masculinidad cobra un sentido amplio, rescata las ideas primarias del macho subalterno y las extiende hacia otros espacios, tiempos y disciplinas, por ejemplo basta ver cualquier fotografía de algún gremio de la ciencia para ver el predominio masculino o, en las instituciones o, en las artes o, en los puestos de mando, podremos ver la ubicuidad del macho pero bajo otro aspecto, si se quiere más pintoresco, un caballero, un ser refinado, un hombre con poder o, con ese saber codiciado y cualitativamente superior. Por otro lado, hacia abajo de estas élites, en las zonas periféricas, el macho se muestra en lo básico, lo pedestre, que lo diferencia de los cuerpos feminizados, la fuerza, el falo, el dominio, el predominio de su voluntad. Ya lo acabamos de decir, hacia arriba, el macho de las élites resguarda lo mismo pero con sutilezas, le añade el dominio casi absoluto de los diferentes saberes, que tienen peso específico en la sociedad, ciencias físicas, matemáticas, lógicas, o en los espacios de poder, a la mujer la abandona en ese lugar oscuro, devaluado, y sin fines de lucro, esto último lo decimos sin ironías, si algo hay en esta descripción será vergüenza, a ese lugar, venerado por los patriarcas, el espacio privado, despolitizado, pero solo para ellos, y sin poder sobre la sociedad o, si acaso tiene un poder simbólico, es el lugar en el que se educa a los futuros ciudadanos. Por su parte los cuerpos rosas serán todo lo contrario: serviles, sin voluntad, resignados, dispuestos al sacrificio, débiles, serán corporalidades negociadoras, sometidas, reprimidas casi en todo pero, sobre las distintas represiones girarán alrededor de su sexualidad, serán asistentes, sirvientas, servidoras, siempre dispuestas para los deseos del macho, segundas en

todo, sus cuerpos se encuentran permanentemente normados en el tiempo y el espacio, en su forma de vestir, de actuar, de interactuar con los otros cuerpos masculinizados y, también feminizados, serán la concreción de varias debilidades, el chismorreo, las enfermedades, los ataques emocionales, las resistencias que al macho le parecen absurdas, sobre todo cuando se las requiere en la alcoba o, cuando se les ordena que renuncien a su vida para atender a otros, la familia, los hijos, el marido son, en suma, porque así lo dicta la cultura, las normas, las costumbres, la historia, la política, la ética, la religión, las costumbres, las inercias, las múltiples violencias, serán cuerpos expuestos, deficientes, débiles, enfermizos e inacabados. Ya lo enuncia el mito fundador de una religión y de una jerarquía, Dios, ese ser abstracto al que entendemos de una manera apropiada como Hombre, creo al otro hombre, a su imagen y semejanza, es decir, el hombre ordinario vendría a ser una especie de dioselo, de divinidad encarnada, es decir, defectuosa pero que, en su defectuosidad, se puede ver al dios que lo habita y lo ha creado; en cambio a la mujer, ese dios protector de patriarcas, la hizo de una costilla del hombre. Así descrita su esencia nos parece que casi no lo es, percibimos más bien un accidente o, peor, es un accidente esencial para el hombre, el mito afirma que, en esa eternidad en que vivía la soledad le parecía imposible, es entonces que le pide a su amo compañía, y el Ser Abstracto le concede, para su dominio, a ese ser defectuoso, débil, incapaz de cualquier pensamiento profundo pero deseable eróticamente. Sí, es claro, esa religión es para esclavos, para reprimidos, pero sobre todo, es misógina y repudia cualquier disidencia sexual. Su Dios es el Dios de los hombres, de su figura enaltecida, del Macho.

Tenemos, entonces, dos cuerpos a los que se les asignó a cada uno o, el color azul, el positivo, y el rosa, el complemento negativo. Lo interesante de lo anterior es que, en estos tiempos, y de acuerdo a su escolaridad superior, pocos se atreverán a negar la mecánica impuesta a esas corporalidades, si acaso algunos tratarán de justificar o, de legitimar esa superioridad, otros más intentarán negar lo evidente, pero ellos no importan, sabemos que son Legión y que dominan el espacio social y que no los distingue el pensamiento abstracto. Continuemos, durante milenios se aceptó una idea que ahora nos parece ofensiva, la existencia de un sujeto universal pero no era uno cualquiera, tiene adscripción, es hombre, blanco, europeo y pertenece a una elite. Los demás asistían, asisten, asistirán, es necesario el verbo en pasado, en presente y, sin error, en futuro, ante ese hombre blanco, ante ese

Sustantivo, los demás, el resto, los posos, las rebabas, se presentan ante él como lo que son, subordinados, están ante su presencia, para servirle. Aún no se ha esfumado del todo ese ser universal, abstracto y, por lo tanto, a medias falso. Distinguimos ese matiz porque su poder ha desmejorado, ya no domina, como lo hacía en el pasado no tan lejano, de manera ubicua, ahora los poderes se han diseminado, se han descentralizado, los de abajo han tomado por asalto algunos espacios, los de en medio, por su parte, se han apropiado de otros, y El Hombre Blanco, continúa su dominio pero ahora hay zonas grises y otras puestas en cuestión. Lo anterior no significa, ni tiene una pizca de optimismo, así son las cosas y basta. De nuevo, al Ser Abstracto se lo ha puesto en cuestión desde hace por lo menos dos siglos y medio¹³. El siglo XXI sabe de su prolongado reinado, ve necesaria su desaparición, ha creado para eso diversas herramientas teóricas, haremos de lado la sinuosa historia de las constantes y diversas rebeliones, que han aparecido en la cultura de los últimos siglos, para centrarnos en lo que nos interesa de manera inmediata: el género y sus posibilidades hermenéuticas. Lo anterior nos lleva a Edwar Said, a su libro: *Orientalismo*, ahí se propuso indagar todo lo que había detrás de la construcción falsa, e interesada, que había detrás de los discursos que los países colonialistas han impuesto a los países colonizados, con eso permitió ver las diversas escrituras, discursos, prácticas, sometidas a otros tantos poderes, que han legitimado una superioridad a partir del uso matizado, político, histórico, ético, para someter y describir lo que se quiere que sea un territorio y, unos habitantes de ese territorio. Un negro, un latino, una transexual, un indígena, un pobre, a todos ellos no los vemos como una presencia fenoménica, es decir, un ser que está ahí, los vemos, aunque seamos parte de ellos, a través de la mirada del amo. Son cuerpos incompletos que contienen subjetividades deficitarias, pueden ser peligrosos o que necesitan ser educados de otras maneras, vigilados, porque sus divergencias con respecto al Ser Universal, son un riesgo potencial para la cultura tal como la conocemos. Olvidamos que percibimos solo lo que permiten nuestros sentidos, sentidos que fueron disciplinados bajo la supervisión de uno, o varios poderes, hasta aquí la afirmación anterior parece una perogrullada, el problema centenario, de las relaciones entre

13 Mary Wollstonecraft publica en el año de 1792, el libro *Vindicación de los derechos de la mujer*, si bien no es una rebelión en contra del patriarcado, sí vindica, en lo posible históricamente, la inclusión de la mujer en la vida pública, lo que ya era revolucionario dentro de la revolución francesa. Fracasó, el futuro reivindicará su vindicación.

un sujeto que conoce y, de su objeto por conocer, no parece tener fin si, aceptamos de entrada, que todo conocimiento se encuentra determinado por el contexto, que todo afán por conocer tiene fronteras imposibles de ser vulneradas, el sujeto que conoce es un sujeto situado, al igual que su objeto por conocer. Pero ¿esto significa, acaso, que debemos rendirnos en este esfuerzo enorme por saber que está allá, fuera de nosotros, provocando nuestra curiosidad? Aquí está precisamente nuestro problema.

Hay inquietudes que nos dominan intelectualmente, que nos persiguen, que se resisten a marcharse, que nos convierten en obsesos de una, o de varias ideas, este ensayo es la conjunción de varias de ellas. La perplejidad que nos causó la lectura de Gayatri Spivak¹⁴, ¿Puede hablar el subalterno?, lectura penosa, complicada, difícil, que nos llevó a sus comentaristas para confirmar nuestra interpretación, y esta nos condujo a otra obra, es la de Scott James C., *Los dominados y el arte de la resistencia*. Discursos ocultos, o bien puede ser, que esta obra nos hubiera llevado a Spivak, ya sabemos que la memoria imagina sucesos a su manera. En todo caso tenemos a dos autores que hablan de una misma relación entre amos y subalternos, para la primera el discurso o, las narrativas que crean los subalternos, carecen de peso político, histórico; el segundo los ve con un optimismo que nos parece ingenuo, para él si habla y actúa el subalterno pero, ese lenguaje y esas acciones no le interesan al amo, este también habla y actúa pero, uno y otro, se ocultan para hacerlo, cierto que no lo dice en el texto pero, los dos intuyen la existencia de ese lenguaje y de esos actos; un libro de fortuna desmedida, inmerecida, *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz, menciona los mismos hechos que analiza Scott pero, ahí les da otra interpretación, la territorializa, la pone de acuerdo a las relaciones centenarias entre indígenas y blancos o, si se quiere, para hablar de un contexto falso, aquí lo falso viene de esa gran invención política creada, a principios del siglo XX, el mestizo¹⁵, que no sería otra cosa que ocultar

14 Puede decirse que su ensayo de 1985, “¿Puede hablar el subalterno?” es un clásico dentro de la teoría social contemporánea. La pregunta y su consiguiente respuesta no deben ser tomadas de manera literal, ya que el argumento en general apunta al silenciamiento estructural del subalterno dentro de la narrativa histórica capitalista. Es claro que el subalterno “habla” físicamente; sin embargo, su “habla” no adquiere estatus dialógico –en el sentido en que lo plantea Bakhtin–, esto es, el subalterno no es un sujeto que ocupa una posición discursiva desde la que puede hablar o responder. Como indica Spivak, es el espacio en blanco entre las palabras, aunque el que se le silencie no significa que no exista. (Giraldo, 2003: 298)

15 Las relaciones que los diferentes regímenes del país han mantenido con los intelectuales, los científicos sociales, los artistas, han sido políticamente muy estrechas, aquí baste mencionar el proyecto de integración que propuso Manuel Gamiño, en su libro *Forjando Patria* (Pro-nacionalismo), ese es el título, publicado en el año de 1916, cuando se estaba creando el estado posrevolucionario. El autor pone a la

la matriz indígena que habita todo el país, Paz habla del mexicano en abstracto, sin marcas raciales, sociales ni económicas, habla de lo que él cree que es el sujeto de su enunciación, sabemos que de fondo están las relaciones que establecen blancos con mestizos e indígenas, Paz habla del sujeto resentido que murmura por los pasillos de las haciendas, de las casonas de los ricos, de sus múltiples máscaras que usa para ocultar sus resentimientos, si para Scott son prácticas de resistencia, Paz las reduce a hipocresía y simulación, los subalternos ocultan sus rostros y sus gestos y, sus palabras, en sus relaciones con sus amos, concluye que los mestizos son unos consumados hipócritas, ambos autores coinciden en la imposibilidad de hacer visible la repugnancia que el amo despierta a sus servidores. Algún valor hay en estas prácticas, la posibilidad de la rebelión, pero intuimos que, solo la historia vindicará las promesas, o que las desechará como productos inofensivos de unas resistencias que a nadie importan, pero que habitan, de una manera natural, las relaciones jerárquicas, y que se manifiestan en ese habla y en esas prácticas subalternas. En algún momento todo lo anterior se cruzó con la cuestión de género, con las políticas de integración, con la producción del saber feminista, más adelante con la literatura, y la propuesta de una lectura generizada de la estética, de ahí la lógica interna de las reflexiones nos llevó, no solo a una lectura, sino a pensar en la posibilidad de una crítica literaria que tuviera, como sostén, a un lector que se propusiera ir más allá de la filiación binaria que nos ha impuesto la cultura, es decir, leer lo literario como si no se adscribiera a un sexo determinado, y aquí entendemos al sexo como masculinizado, que es el que ha predominado en los últimos milenios. Debemos ver el concepto género a través de su productividad, debemos percibirlo en lo que tiene de científicidad, en lo que visibiliza de la realidad:

De esta forma, surgió el concepto de gender para desmitificar la categoría sexo y contribuir a la comprensión de la naturaleza social de la identidad sexual construida culturalmente. El profesor Money acuñó así el término gender role, que definió como: «todo cuanto una persona dice o hace para indicar a los demás o a sí misma el grado en que es niño o varón, o niña o mujer, respectivamente» (Martín, 2008: 65)

antropología al servicio de un régimen, como si esa fuera la función de la ciencia social.

Podemos añadir otras variantes y otros matices¹⁶ pero, aquí lo que queremos resaltar es la posibilidad de renunciar a lo que hasta ahora la sociedad nos había impuesto como frontera... Al igual que el punto abstracto ya mencionado antes, o que la Dialéctica del Amo y del Esclavo, ya contiene dentro de sí unas reglas de producción y, un lenguaje para describir esa nueva realidad, como son los diversos conceptos que se nos muestran, de una manera estrecha, relacionados, por ejemplo, si hay género, entonces hay relaciones de género, relaciones que hasta ahora habíamos visto como naturales, es decir, necesarias. Ese ha sido el uso político, ético, histórico, estratégico, de la idea, o del concepto afinado por las ciencias sociales, de género. Hasta antes de todo lo anterior se traducían y, aún algunos traducen, como determinismo biológico que obliga, ordena y, condena a las mujeres, para que sometan sus cuerpos, sus emociones y sus deseos a ciertos fines muy específicos, como por ejemplo habitar los espacios privados, renunciar a algún proyecto de vida que no sea atender a los otros... el género patenta lo que tiene de histórica esta construcción, construcción sobre la que se erigen toda una serie de actos, gestos, prácticas pero, sobre todo lo anterior, ahí se funda, la idea generalizada, de un deber ser, ahí se basa, todo lo que muchos sujetos creen, que es la felicidad plena, ser madres, padres, abuelos, abuelas, un matrimonio y una vejez plácida que espera a la muerte con la conciencia tranquila de haber hecho todo lo que se tenía que hacer, sin reparar nunca en los costos emocionales, vitales, en todas las

16 Una sintética recapitulación de la evolución cronológica del concepto género en los últimos 20 años reflejaría cuatro rupturas conceptuales fundamentales:

- a) Ruptura con la identificación sexo/genero. En un primer momento se argumenta que el sexo biológico no es destino y la etnografía demuestra que no existen cualidades innatas y universales aplicables a hombres y mujeres en todas las culturas. De esta manera, el género, en tanto que construcción social, viene a cubrir esta laguna, revelándose un concepto interdisciplinariamente operativo. b) Ruptura con la dualidad genérica. El concepto género, que nació por reacción al sexo, se había construido igualmente de forma binaria; pero esta dualidad (masculino/femenino) no resultaba operativa, ya que no daba cuenta de otras prácticas y construcciones identitarias múltiples, por ello se redefine como una categoría analítica abstracta, multidimensional y relacional. c) Ruptura con la dualidad sexual. Los estudios sobre sexualidad plantean que el sexo también se construye socialmente y la etnografía argumenta que existen otras nociones al margen de hombre y mujer en diferentes culturas, ello conduce a una redefinición del género cuya base serían las diversas «percepciones socio-sexuales propias de cada sociedad» en lugar del sexo biológico. d) Ruptura con la heteronormatividad. El surgimiento de discursos que denuncian que el género invisibiliza las prácticas y orientaciones sexuales al margen de la heteronormatividad obliga a un replanteamiento de las teorías cuya meta es tener en cuenta cómo afectan las sexualidades no normativas a la construcción del género. (Martín, 2008: 67-68)

amarguras que cuesta llevar una vida digna de acuerdo a la biología entendida como destino. Y, al final, cuando ya no seamos nada, tendremos una esquila que afirma lo ejemplar que fue nuestra existencia. Ese es el primer paso, visibilizar nuestra cultura androcéntrica, le siguen el etnocentrismo, cuestionar todos los saberes fundados en una cuestión de género, raza, clase. Nuestro Problema por ubicuo invisible, el Hombre es la referencia casi absoluta de la sociedad. Un ejemplo: ¿cómo sería una historia construida desde el punto de vista indígena? ¿Una historia desde lo transexual? ¿Una historia desde el punto de vista de los obreros? Ahora es evidente no sólo la imposición de un punto de vista, sino que tiene género, clase social, color de piel, geografía... y todo eso es construido, inconsciente, se nos ha naturalizado como El Punto de Vista Importante.

Entonces la idea que asaltó nuestra mente, después de estas reflexiones, fue imaginar a un sujeto sin marca genérica, que evaluara no solo lo que lee, sino que sus percepciones se vieran ampliadas en contra de todo aquello que habíamos tomado como natural: las relaciones de subordinación entre los sexos legitimados, hombre, mujer, donde el primero tiene todos los privilegios, y en donde este sistema admite la desaparición de otras alternativas¹⁷, la estratificación de un modelo hetero patriarcal en el que predomina la figura masculina, percibir de una manera más clara cómo todos los discursos, todas las prácticas y todas las narrativas hasta este momento se encuentran empañadas por la invención de una cultura que define y establece la figura del **Patriarca**, es decir, del hombre que marca los límites y la pertinencia de todos los saberes, que define no solo que debe ser un hombre o, una mujer, sino que establece, como si fuera el representante de Dios en la tierra, todo aquello que será normal¹⁸ a partir de su voluntad y de su punto de vista y, en ese poder que él mismo se ha

17 Si, al inicio de los movimientos legitimadores de las *disidencias sexuales*, se les identificaba con las letras LGBT, en el que cada una representa una identidad -lesbianas, gays, bisexuales y transexuales- el tiempo le ha añadido otras al acrónimo siempre fluctuante y variado, las cosas son así porque ¿quién podría prever el futuro de los cuerpos deseantes? Ahora, en su última versión ampliada, es LGBTQIA+, donde la "Q" significa "queer". La "I" representa a las personas del género intersexual, es decir, aquellas nacidas con órganos reproductivos que no encajan en ninguna de las dos categorías, mientras que la "A" es de "aliado", que puede ser cualquier persona que apoye a la comunidad y, el signo "+" al final, representa a cualquiera que no se siente incluido en ninguna sigla.

18 Es justamente desde esta óptica que se entiende que aquello que es establecido y considerado como normal responde también a pautas culturales. Lo normal se constituye en sí mismo como parámetro de valor y allí radica su capacidad de ser normativo. Es la expresión cristalizada de las representaciones y mandatos colectivos, a la vez que los condiciona y los constriñe. En este sentido, cabe considerar que todo modelo establecido implica siempre un recorte de la realidad. (S/A, 15 febrero de 2021: 8).

creado a su imagen y semejanza, impone un orden, unas reglas de juego y quiénes pueden jugarlo, todos aquellos que no cumplan sus requisitos serán expulsados, invisibilizados, violentados, asesinados, torturados, reprimidos, omitidos de la vida pública, desposeídos de sus derechos, desterrados de su república, de su democracia y de todos los espacios y tiempos que él, y solo él, legitima.

Ya señalados los antecedentes el camino nos pareció que se ampliaba, ya no era solo la propuesta de un sujeto neutro, en lo posible, sino que había que ir directo al corazón del canon de lo literario, es decir, atacar la institución que lo hace posible, leer a los comentaristas, a los críticos, ir a las historias de la literatura, bajo esta perspectiva, para ver no solo lo que afirman, sino por qué razones lo hacen. Ya es claro en este momento que el campo de acción rebasa nuestras posibilidades. Pero la idea está firme, depurar, de una manera desconocida, lo que hemos sido, para proponer un sujeto lector novedoso, intentar crear, imaginar un ojo neutro, una escritura novedosa que pueda dar cuenta de los hallazgos y de los obstáculos, crear una nueva sensibilidad que dé cuenta de todo lo que ha sido no solo el pasado, sino todas las invenciones que hicieron posible que el Viejo Patriarca tomara el poder. En este momento era claro que lo que había sido un problema se había convertido en un campo de problemas. Sabemos de la existencia de un feminismo literario, de una crítica feminista pero, hasta dónde alcanzan nuestros conocimientos, el campo de una crítica de género apenas comienza. No somos pioneros en esto, hay pocas cosas que nos quedan por inventar en este terreno, es por eso que la objetividad nos exige precaución en lo que parece ser un hallazgo; misma precaución que nos obliga a centrarnos sólo en la posibilidad de argumentar y *ver* a un autor, a una obra de ese autor, no ir más allá, porque el camino es inestable, el objetivo se reduce a lo mínimo, solo poner a prueba la efectividad de una práctica y de una posible teoría sobre el lector y el crítico y, de los resultados que puede arrojar. Pero, nuestras disquisiciones no paran aquí, no se reducen a lo anterior, estamos convencidos -y esto nos queda claro que es un acto de fe, es decir, ahora estamos en el campo de las especulaciones, nada podemos probar de la siguiente afirmación-, de que existe una lógica interna que determina los caminos que existen para resolver un problema o, para ocultarlo, en todo caso vemos que una cosa lleva a la otra. La cadena de razonamientos que nos trajo hasta aquí la podemos describir de la siguiente manera: Si Scott nos mostró la posibilidad de salir del silencio a que nos condena Spivak pero, que deja problemas sin resolver, el tema de los estudios de género, pasamos

antes por la cuestión feminista, nos regresó al punto de partida, una sociedad generizada que órbita alrededor del hombre, que lo privilegia, a unos más que a otros, lo anterior depende del tiempo, del espacio pero sobre todo de la economía, aun así, como ya lo afirmamos en otra parte¹⁹:

Y, tenemos que aceptar ese hecho indudable, hasta ahora el universo es masculino: la ciencia, el arte, la religión, la política, la arquitectura, la vida pública... están hechos a la medida del hombre. Es claro que ese hombre no es todos los hombres, pero hasta el más desdichado y menesteroso tendrá a un lado un cuerpo femenino sobre el que cebar sus frustraciones (Velázquez, s/f:10).

Tenemos una metáfora visual que nos ayuda a ejemplificar lo que hemos querido decir hasta ahora. Haremos el paso lleno de peligros de pasar de la ecfrosis a su interpretación, el Grabado Flammarion es una ilustración que aparece en el libro *L'Atmosphère: Météorologie Populaire* (París, 1888, se encuentra en la página 163) y, su autor es, Camille Flammarion; como todo lo que nos llega del pasado hay algo que se nos escapa de la imagen, sabemos el nombre y el apellido del autor del libro, no así sobre el autor del grabado, algunos suponen que es el mismo -el autor y el grabador-, no hay nada definitivo en la discusión, lo que vemos nosotros, aclaramos esto, por qué hay otros que ven a un hombre en el momento de la revelación, esto último no es descabellado, Carl Jung, de manera previsible para un psicoanalista, no va más allá del subconsciente, pareciera como si a él toda producción humana sería la proyección de nuestro subconsciente, es posible, pero eso nos aleja de nuestra argumentación, insiste en afirmar que el tema de la imagen es la iluminación: En su opinión el tema central de la imagen es la iluminación según los rosacruces, el personaje es un peregrino espiritual y lo que observa son proyecciones del mundo interior (Heiblum, 23 de junio de 2021). Nosotros, en cambio, más pedestres, vemos a un hombre que, debe ser un astrónomo porque el libro es sobre esa materia, está en cuclillas mientras observa, a través de la atmósfera terrestre, como si fuera una cortina que se pueda correr, y está contemplando

19 El libro: *Mujeres: Acoso sexual, violencia y vida cotidiana. Testimonios*. Coordinado por nosotros y por Estela Marquez Aguayo, se encuentra en proceso de publicación.

el otro lado del mundo, o del universo, y acompaña a la imagen la frase: qué es entonces esta bóveda azul, que ciertamente existe y nos impide ver las estrellas durante el día... iluminación, metáfora teológica o, imagen que muestra lo que se encuentra más allá de lo que percibimos. Lo claro para nosotros es que es un hombre que traspasa los límites, de la bóveda celeste, para explorar lo desconocido, lo que nos parece una metáfora hermosa y perfecta para ilustrar a cualquier científico, para-científico o, artista, que siempre habrá un más allá de lo que creemos conocer. Al pie de la imagen está la inscripción: *Un missionnaire du moyen âge raconte qu'il avait trouvé le point où le ciel et la Terre se touchent*²⁰... Como ya lo mencionamos, ignoramos la fecha de publicación del libro y, de igual manera, desconocemos la identidad del autor y el lugar donde fue creado el grabado. En la página 172, una antes de la ilustración, Flammarion escribió: Un ingenuo misionero de la edad media contó que, en uno de sus viajes en búsqueda del paraíso terrestre, alcanzó el horizonte donde el cielo y la Tierra se tocan, y que encontró un punto donde éstos no estaban soldados, por el que pasó los hombros flexionados bajo la cubierta de los cielos... ¡Pero esa bella bóveda no existe! Ya me elevo en un globo aerostático más alto que el Olimpo griego, sin nunca llegar a tocar esa carpa que se fuga de aquellos que la persiguen, como las manzanas de Tántalo (Heiblum, 23 de junio de 2021).

Conclusiones

La prohibición, las órdenes, los mandatos, las jerarquías, las desigualdades, las injusticias... no siempre son visibles, sabemos de tabúes, de restricciones, de impiedades, de límites y de prohibiciones, de lo que se debe hacer en determinadas ocasiones, pero, recortando y, al mismo tiempo traicionando a Antoine Saint- Exupéry, afirmamos que lo esencial es invisible para los ojos. Para ejercer su control, para ser más efectivas las disciplinas que nos distancian de las disidencias, el mecanismo, las formas en que opera, debe ser de manera imprescindible, invisible, no se perciben porque de eso se trata, que el ser humano las vea, sienta, escuche, cómo se escucha el viento sobre las hojas de los árboles, es y parece ser, un acontecimiento inofensivo. Hacer cola en un banco, viajar en un colectivo repleto hasta

²⁰ Un misionero de la Edad Media dice que había encontrado el punto donde el cielo y la Tierra se tocan...

casi reventar, sacrificar la vida pública, los deseos y el futuro por la familia, asumir que las condiciones feminizadas se concretan en pocos axiomas morales, como lo son la abnegación, la entrega, la renuncia al yo y demás mandatos sociales, no se ven como lo que son, cuerpos feminizados contruidos para el servicio del Hombre, se perciben y se viven como virtudes cardinales. Son, para decirlo en breve, las inercias sociales las que nos hacen ser lo que somos, son esas fuerzas imperceptibles, invisibles, las que actúan por nosotros. En el primer capítulo de *El Capital*, de Carlos Marx, leemos con sorpresa por lo que tiene de verdadero: No lo saben, pero lo hacen. Nosotros proponemos, parafraseando a Nietzsche, una inversión de todos los valores y, parafraseando a Marx: Lo sabemos y no lo haremos.

Referencias

- Adame González, Dulce María. Introducción. Visto el 15 de julio de 2021 en: <http://www.libros.unam.mx/digital/v5/5.pdf>
- Diccionario de la lengua española. <https://dle.rae.es>
- Fernández Poncela, Anna M. Ser hombre de verdad en la Ciudad de México. Ni macho ni mandilón. Visto el día 2 de febrero del 2021 en: <http://www.scielo.org.mx/pdf/desacatos/n6/n6a11.pdf>
- Mackenzie, D.F. *Bibliografía y sociología de los textos*. Madrid: Akal, 2005.
- Moreno, Hortensia. La crítica literaria feminista. Visto el día 3 de enero de 2021 en: https://debatefeminista.cieg.unam.mx/df_ojs/index.php/debate_feminista/article/download/1750/1567/
- Maya, González José Antonio; Zavala Díaz, Ana Laura. El caso del escritor Pedro Castera: entre la esfera pública, el campo literario y la experiencia manicomia en el México de finales del siglo XIX. *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, 71(2), julio-diciembre 2019.
- Castillo Ramirez, Guillermo. Integración, mestizaje y nacionalismo en el México revolucionario. Forjando Patria de Manuel Gamio: la diversidad subordinada al afán de unidad. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. Universidad Nacional Autónoma de México Nueva Época, Año LIX, núm. 221. mayo-agosto de 2014. pp. 175-200.

- Chouciño Fernández, Ana. Apuntes a una revisión de la narrativa sentimental hispanoamericana: Carmen de Pedro Castera. *Anales de Literatura Hispanoamericana*. Visto el día 25 de agosto de 2021 en: <https://revistas.ucm.es/index.php/ALHI/article/download/ALHI9999120547A/22722/>
- Culler, Jonathan. *Sobre la deconstrucción. Teoría y crítica después del estructuralismo*. Cátedra. Crítica y Estudios Literarios. Madrid. 1998.
- Encyclopaedia Herder. Visto el 7 de marzo de 20019 en: <https://encyclopaedia.herdereditorial.com/wiki/Alétheia>
- Falomir Parker, Ricardo. Ser hombre de verdad en la Ciudad de México. Ni macho ni mandilón. Visto el 12 de junio de 2022 en: <https://www.redalyc.org/pdf/747/74702014.pdf>
- Fem Publicacion Feminista. Volumen V. Núm 18. 1981. México.
- Flores Monroy, Mariana. Impresiones y recuerdos: La otra mirada al romanticismo en Pedro Castera. Visto 17 de junio de 2022 en: <https://revistas-filologicas.unam.mx/literatura-mexicana/index.php/lm/article/download/585/583>
- Giraldo, Santiago. Chakravorty Spivak, Gayarti. ¿Puede hablar el subalterno? *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 39, enero-diciembre, 2003, pp. 297-364 Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Bogotá, Colombia.
- Hartwig, Susana (ed.). *Inclusión, integración, diferenciación La diversidad funcional en la literatura, el cine y las artes escénicas*. Unterstützt durch den Publikationsfonds der Universität Passau. 2020.
- Heiblum Robles, Alan. Camille Flammarion, Arquitas de Tarento y un grabado sobre el infinito. *Revista de Cultura Científica*. Facultad de Ciencias. Universidad Autónoma de México. Visto el 23 de junio de 2021 en: <https://www.revistacienciasunam.com/en/busqueda/titulo/204-revistas/revista-ciencias-124.html>
- Hernández, Karla. (2019) *De chinas, grisetas wanna be y mujeres fatales: la visión de las mujeres del siglo XIX en México en los textos de Payno, Prieto, Gutiérrez Nájera, Campo, Leduc y Rebolledo*. Tesis de licenciatura. BUAP.

- Larrosa, Jorge. El Ensayo y la Escritura Académica. Visto el 17 de junio de 2022 en: https://hum.unne.edu.ar/asuntos/concurso/archivos_pdf/larrosa.pdf
- Martín Cazares, Aurelia. Antropología del género. Cultura, mitos y estereotipos sexuales. Ediciones Cátedra. España. 2008.
- Mosquera Rentería, Jennifer. Derechos de las minorías sexuales: retos contemporáneos de la resocialización. En *Justicia*, 28, 121-138. <http://dx.doi.org/10.17081/just.20.28.1044>
- Diccionario de Autoridades. Real Academia Española. (1726) Visto el 10 junio de 2022 en: <https://apps2.rae.es/DA.html>
- Ortiz-Hernández, Luis. La opresión de minorías sexuales desde la inequidad de género. Visto el 1 de septiembre de 2021 en: <http://www.scielo.org.mx/pdf/polcul/n22/n22a09.pdf>
- Ovidio. La metamorfosis. Alianza Editorial. S/F.
- Palacios Sánchez, Refugio Amada. Un acercamiento simbólico a Carmen de Pedro Castera. Tesis Maestría. Visto el 2 de febrero de 2021 en: <https://cdigital.uv.mx/bitstream/handle/123456789/38431/palaciosanchez.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Pedraza, Pilar. Pigmalion y las mujeres minerales. Visto el 12 de julio de 2019 en: <https://core.ac.uk/download/pdf/39085756.pdf>
- Pineda, Carlos. La Rumba de Ángel de Campo: la Ciudad de México del siglo XIX como imaginario sonoro. Visto el 2 de diciembre de 2021 en: http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0123-59312016000200005
- Rodríguez, Juan Carlos; Cervantes Ríos, José Carlos. (Coordinadores). Los hombres en México: Veredas recorridas y por andar. Una mirada a los estudios de género de los hombres, las masculinidades. México: Universidad de Guadalajara – CUCEA- AMEGH, A.C. (2013)
- S/A. Edición Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI) Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. Presidencia de la Nación. S.F. Visto el 15 febrero de 2021 en: https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/diversidad_sexual_y_derechos_humanos.pdf

- Saborit, Pedro. Pedro Castera: una vida subterránea. Visto 10 mayo de 2020 en: https://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/wp-content/uploads/historias_39_45-64.pdf
- Said, Edward. *Orientalismo*. Random House Mondadori. Barcelona. 2008.
- Sandoval, Adriana. La Carmen de Pedro Castera. Visto 15 de mayo de 2020 en: <https://revistas-filologicas.unam.mx/literatura-mexicana/index.php/lm/article/viewFile/490/489>
- Serrano Jiménez, Marta. Identificando al macho alfa. Nueve signos claros de que no eres un hombre de verdad. Visto 24 de junio de 2021 en: https://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2013-09-28/nueve-signos-claros-de-que-no-eres-un-hombre-de-verdad_30293/
- Scott James C. *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. Editorial Era. 2000.
- Uresti Maldonado, Katia; Orozco Ramírez, Luz Adriana; José Luis, Ybarra Sagarduy; Espinosa Muñoz, Ma. Consuelo. Percepción del machismo, rasgos de expresividad y estrategias de afrontamiento al estrés en hombres adultos del noreste de México. Visto el 2 de abril de 2021 en: <http://www.scielo.org.mx/pdf/au/v27n4/2007-9621-au-27-04-59.pdf>
- Velázquez Villa, Hugo; Márquez Aguayo, Estela. *Mujeres: Acoso sexual, violencia y vida cotidiana. Testimonios*. S/E.